
LOS NATURALISTAS EN LA PROVINCIA

JULIO RIQUELME INDA
Discurso inaugural como
Presidente de la Sociedad
en 1946.

Durante el homenaje que merecidamente fue tributado por esta Sociedad Mexicana de Historia Natural y otras agrupaciones culturales, al distinguido maestro y sabio botánico Casiano Conzatti, el mes de diciembre del año último, en el Instituto Científico de Oaxaca, y en tanto se desarrollaba el programa de pleitesía, acudieron a nuestra mente los nombres de otros naturalistas que modesta y calladamente, sólo guiados por su entusiasmo e interés por lo que hay en la tierra en minerales, vegetales y animales, residen y laboran pacientemente en la provincia, en rincones apartados de los grandes centros de población.

En el momento en que pusimos en manos del profesor Conzatti el diploma que lo acredita como miembro honorario de nuestra Sociedad, pensamos que en diversos lugares del país viven y trabajan otras personas que, sin apoyo de ningún género y muy escasos elementos de consulta, llevan a cabo, sin embargo, una obra útil, buena y noble por todos conceptos.

Recordamos entonces que la primera "Botánica Mexicana" (Tablas Botánicas), por el Pbro. Julián Cervantes, se imprimió en la Puebla de los Angeles, auspiciada por la Academia Médico-Quirúrgica de esa población, en el año 1825. Cervantes fue profesor en Farmacia, Química, Matemáticas, Mineralogía y Botánica, habiendo servido la cátedra de la última en México, por espacio de seis años, con aplauso general de los discípulos que oyeron sus lecciones.

En la misma ciudad de Puebla florecieron también, a mediados del siglo pasado, los hermanos Ignacio y Pablo Blásquez hacendados y a la vez naturalistas, que se ocuparon del estudio biológico del maguey y de sus parásitos animales, del chahuixtle del trigo y de algunas otras cuestiones de Historia Natural. Don Ignacio fue preparador del Museo del Colegio del Estado.

En Morelia, Mich. , el Colegio de San Nicolás contó con sabios muy ilustres, como el Lic. Don Melchor Ocampo, que fue a la vez que político botánico. Posteriormente con don Eugenio Dugés, entomólogo muy notable, y don Manuel Martínez Solórzano, este último naturalista y especialmente mineralogista y geólogo. También laboró muy brillantemente por algún tiempo en Michoacán, el Dr. Nicolás León, fundador y director del Museo Michoacano, que formó interesantísimo "Catálogo Bibliográfico, Biográfico y Crítico de autores y escritos referentes a vegetales de México y sus aplicaciones, desde la Conquista" hasta el año de 1895 en que publicó dicho catálogo.

En Guanajuato el Dr. Alfredo Dugés, el más brillante de los zoólogos mexicanos, publicó allí sus "Elementos de Botánica" en 1876, y su "Programa para un Curso de Zoología" en 1878. Publicó asimismo, en la gran obra "La Naturaleza", órgano de publicidad de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, numerosos estudios sobre diversos insectos y acerca de algunos otros animales, cuyos hábitos y costumbres investigó minuciosamente.

El Dr. Donaciano Cano y Alcacio, también en Guanajuato, hizo estudios de parasitología de las plantas de cultivo.

En Querétaro, el profesor Benigno Bustamante y Septién, que nació en 1784 en dicha ciudad, ya solo o con su hijo Pío Bustamante y Rocha, que cultivó con igual éxito la historia natural como su padre, escribió numerosas monografías y estudios sobre asuntos del ramo. De los dos naturalistas citados es un "Curso de Botánica" y también una "Zoología". El profesor Benigno Bustamante y Septién fue en México discípulo del profesor Julián Cervantes antes citado.

En Nuevo León, don José Eleuterio González, no únicamente fue el impulsor de la medicina sino al mismo tiempo distinguido botánico.

Don Leonardo Oliva y don Mariano Bárcena, este último eminente botánico y geólogo, que fue Gobernador de Jalisco, llevaron a cabo muy interesantes estudios de la flora de aquella entidad.

En el Estado de Veracruz, don José Apolinario Nieto, don Mateo Botteri, don Hugo Finck y don Francisco Sumichrast, este último distinguido zoólogo, en Córdoba y Orizaba se ocuparon en formar memorias sobre los productos vegetales de aquella región, con una reseña de sus frutos, plantas ornamentales, medicinales, maderas de construcción, etc., etcétera, y llevaron a cabo excursiones frecuentes por las faldas del Pico de Orizaba, recogiendo muestras de plantas y ejemplares animales.

En Tabasco y en Chiapas, don José N. Rovirosa fue distinguidísimo naturalista; escribió muy interesantes trabajos, estimándose especialmente notable su "Pteridografía del Sur de México", publicada en 1910.

El profesor Marcos E. Becerra, en ese mismo Estado y en el de Chiapas llevó a cabo por su parte estudios de botánica y de zoología muy interesantes, muchos de los cuales fueron publicados en diversas revistas.

En Yucatán, don Joaquín y don Juan Dondé (padre e hijo), farmacéuticos titulados, químicos y naturalistas, se distinguieron por sus magníficas obras "Lecciones de Botánica" y "Apuntes sobre las Plantas de Yucatán", de las que se hicieron varias ediciones, unas de ellas las de 1905 y 1907, respectivamente. En Izamal, Yuc., el Dr. Geo F. Gaumer, fue un gran estudioso de la flora silvestre de la península yucateca y al mismo tiempo zoólogo; escribió una interesante monografía sobre los "Mamíferos de Yucatán".

En Campeche, el botánico don Román Sabás Flores se dedicó al estudio de la flora de esa entidad y de la de Yucatán, y escribió numerosas notas y artículos sobre diversas plantas.

En Durango, el Ing. Carlos Pattoni mucho se distinguió estudiando las cactáceas, y fue Gobernador del Estado. Llevó a cabo experimentos para la propagación del guayule en Tehuacán, Estado de Puebla.

En Nayarit, Sinaloa y Colima, el Ing. Jesús González Ortega se distinguió estudiando la flora de esos Estados y en la propagación de muchas especies arbóreas útiles, sobre todo en algunas zonas desabrigadas del Puerto de Mazatlán.

Con varios de esos ilustres estudiosos tuvimos la satisfacción de cruzar correspondencia científica y con algunos de ellos cultivamos particular amistad y personal conocimiento. A ellos debemos agregar los nombres del profesor farmacéutico don Homobono González, que fue un verdadero apóstol de la cría del gusano de seda y del cultivo de la morera en México y que en su Estado natal, Guanajuato, hizo un estudio muy interesante sobre las cantáridas y sus principios vesicantes, trabajo que cita con gran elogio en su "Zoología" el Dr. Dugés; el del Dr. Manuel Ortega Reyes, que conocimos por el año 1906 en esta capital y que por muchos años se dedicó a estudios de entomología en el Estado de Oaxaca, así como al de las propiedades febrífugas del Palo Mulato y de algunas plantas medicinales de la misma clase, especialmente euforbiáceas; y, por último, al distinguido Ing. agrónomo Rómulo Escobar, que hace apenas menos de una semana falleció y quien, en el Estado de Chihuahua, llevó a cabo expediciones del más alto interés con los alumnos de su Escuela Particular de Agricultura, a fin de estudiar las cualidades y aplicaciones de las plantas silvestres de esa entidad, e igualmente lo relativo a las enfermedades y plagas de numerosas plantas cultivadas. Frente a esta brillante pléyade que hubo en los Estados en épocas que ya han pasado, queda en la actualidad un reducidísimo número de hombres de ciencia, cuyos nombres también recogemos porque, siguiendo las huellas que dejaron trazadas las personalidades científicas de aquel entonces, en forma paciente, laboriosa y modesta, prosiguen la tarea con positivo empeño y entusiasmo.

Felizmente aun contamos en el Estado de Oaxaca con el distinguidísimo maestro don Casiano Conzatti, a quien se acaba de rendir justo homenaje. En Mérida, Yuc., con el Dr. Benjamín Cuevas, botánico también; en Puebla, con un pequeño núcleo que apenas está formándose alrededor del Laboratorio de Biología de la Universidad; en Monterrey se está laborando intensamente en el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad que dirige el Dr. E. Aguirre Pequeño; en Guadalajara, igualmente, la Universidad trabaja con sin igual empeño y con positivo éxito en la medicina y quizá pueda llegar a formar un buen grupo de adeptos a las ciencias naturales.

Aisladamente, pero ya sólo en contadas ocasiones, trabajan varios profesionistas en algunas de las ramas de la Historia Natural, entre ellos el Ing. Leandro E. Martínez, que en los años 1912 y 1914 llevó a cabo estudios de los enemigos y enfermedades del roatán, en Tabasco, y ahora radicado en Tampico, estudia los parásitos de otras plantas de cultivo en el Estado de Tamaulipas.

El Ing. Manuel Alcázar por varios años ha prestado valiosos servicios en el ramo fitosanitario en la zona norte del Estado de Chihuahua principalmente, en donde se ocupa de estudiar las plagas y enfermedades fungosas de las plantas de cultivo en esa región.

En Durango, el profesor Damm se ocupa de estudios de botánica, y en Guanajuato, dos discípulos del Dr. Alfredo Dugés, los señores Ing. Manuel Aranda y el Prof. Tomás Herrera, están dedicados a la enseñanza de la botánica y uno de ellos, tenemos entendido, tiene a su cargo en el Museo de Historia Natural del Colegio del Estado la conservación de las colecciones que allí están expuestas.

Tal vez en otros lugares del país residen hombres amantes de las ciencias naturales, cuyos nombres desearíamos conocer para relacionarnos con ellos y de este modo disponer de colaboraciones para organizar trabajos de conjunto sobre la gea, la flora y la fauna nacionales.

Como puede verse, comparando los dos grupos anteriores, el de los naturalistas que fueron y el de los que ahora siguen los mismos pasos de aquéllos, sin más recompensa que la satisfacción íntima que proporciona el estudio y el afán de investigación, en la provincia son ahora menos que antes los que se ocupan de estudiar a la Naturaleza.

Este cuadro es positivamente desalentador y merece un análisis concienzudo, a fin de procurar un mejoramiento de esta situación, pues es urgente que en todo el territorio de la República existan personas que en alguna forma pongan de relieve los recursos naturales, inorgánicos y biológicos que existen en sus respectivas entidades, y señalen con conocimiento del medio ecológico y como resultado de sus investigaciones, cuáles son las propiedades de esos recursos y sus aplicaciones prácticas en las artes, en la medicina, en las industrias, en la agricultura, etc., con la finalidad de obtener de ellos todo el provecho posible y así, en vez de que continuemos agotando esos recursos en calidad de materias primas de exportación, aquí mismo en el país se utilicen debidamente. Es la única manera como se puede dar impulso a esas actividades que para el país significan fuertes bases de prosperidad económica y de bienestar.

Los naturalistas son, por lo tanto, factores indispensables, más en la actualidad que en los tiempos pasados en que era lento el desarrollo o desenvolvimiento de las industrias y de las artes, del trabajo agrícola y de la medicina, para coadyuvar en la prosperidad a que México tiene derecho.

Por esto es que nuestra Sociedad, como una luz intensa y clara que alumbró el camino de los hombres de ciencia que alientan deseos, verdadera vocación, por las ciencias naturales, debe preocuparse por un acercamiento con los naturalistas de provincia que silenciosamente y pacientemente estudian y laboran, pero sin que su obra sea conocida y debidamente aquilatada. Posiblemente por sentirse ignorados muchos de esos buenos naturalistas han venido a concentrarse en esta capital, en busca de mejores oportunidades y medios propios para sus especiales aficiones, efectuando así un incesante movimiento centrípeto que ha dejado vacías a las provincias de hombres de estudio, de investigadores científicos. Es, pues, necesario que se establezca una fuerza contraria para contrarrestar ese ausentismo, dando a las provincias elementos intelectuales con especial dedicación a las ciencias naturales.

Estimular los valores de provincia que aun existen, así como otros nuevos, es una ineludible necesidad nacional. En este sentido el papel que le corresponde a nuestra Sociedad Mexicana de Historia Natural, debe orientarse en forma tal que logre enlazar todas las actividades del mismo género en la República, mediante el concurso de las instituciones oficiales y organizaciones privadas. Consideramos esta labor como inaplazable y a ella conviene se apreste nuestra benemérita Institución.